

Comentario al evangelio del martes, 23 de febrero de 2010

“Al orar no repitas palabras inútilmente” Es una crítica mordaz contra quienes exhibían sus rezos y sus ofrendas para que la gente los viera y los alabara. Es el eterno problema de superficialidad y el fariseísmo en algo tan sagrado como es la relación con Dios.

En las prácticas que nos propone nuestra religión cristiana para este tiempo de Cuaresma -la limosna, el ayuno, la oración- el peligro que nos acecha es la rutina y la hipocresía. La verdadera solución no está en olvidarse de esas prácticas, por aquello de que “yo no quiero hacer algo que no siento”, sino emprender de verdad la conversión de mi corazón a Dios en el amor y en el servicio a los demás a lo cual me debe llevar justamente la oración, el ayuno y la limosna.

A continuación Mateo nos transmite la “oración del Señor”, oración que en su brevedad resume todo el evangelio.

Todas las religiones tienen sus oraciones que definen su identidad y quedan grabadas en la memoria colectiva de sus seguidores.

La versión que nos da Mateo contiene una invocación y siete peticiones. La gran novedad está en la primera palabra: “Padre”. Con este nombre llamaba Jesús a Dios. Y era tan profunda su experiencia de filiación que llega incluso a emplear el diminutivo entrañable de “papá”, “Abba”.

Venga tu reino que vaya cambiando la realidad presente hasta su futura y plena transformación. Ciertamente no es nuestro esfuerzo el que hará crecer el reino de Dios, pero sin nuestra oración, sin nuestra dedicación con Él, Dios no quiere reinar. Lo hemos de pedir y hemos de poner nuestras mejores energías a su servicio.

“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos”. Este es un punto central de toda oración cristiana. ¿A quién tengo que perdonar?

Yo sé que al mostrar misericordia hacia los demás me dispondré también personalmente a experimentar la misericordia del Padre del cielo.

Carlos Latorre, Claretiano.
